

**Anabel Vázquez**

# **PISCINOSOFÍA**

**Tratado acuático de piscinas  
imaginadas y reales**

Libros  del K.O.

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2023

© Ana Isabel Vázquez Casco, 2023

© Libros del K.O., S.L.L., 2023

Calle San Bernardo 97-99, entresuelo 8  
28015 Madrid

ISBN: 978-84-19119-32-2

DEPÓSITO LEGAL: M-10507-2023

CÓDIGO IBIC: JHBS, WJF

IMAGEN DE CUBIERTA: Michele Poirier Mozzone, *The Lookout*

MAQUETACIÓN Y ARTES FINALES: María O'Shea

CORRECCIÓN: Melina Grinberg e Isabel Bolaños

IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

# ÍNDICE

PRÓLOGO. ESTO NO ES UN LIBRO DE PISCINAS	11
1. UNA ASTILLA EN EL DEDO	14
2. NADIE, EXCEPTO MASTROIANNI, VIAJA A LA TOSCANA PARA BAÑARSE EN UNA PISCINA	19
3. UN AGUJERO EN EL SUELO LLENO DE AGUA	24
4. UN ORNITORRINCO EN OPORTO	29
5. LAS PISCINAS IMAGINADAS	34
6. MATISSE TAMBIÉN QUERÍA SU PISCINA	41
7. UN SALTO DE TRAMPOLÍN	48
8. NADAR EN UN DÍA	55
9. ME COLÉ EN TORRES BLANCAS	64
10. PISCINA TRISTE, PISCINA ALEGRE	67
11. GRACIAS, ESTHER	73
12. GRACIAS, JULIA	78
13. POBRE TONTO, SIEMPRE QUISO UNA PISCINA	87

14. HAY MILLONES DE PISCINAS Y TODAS SON MÍAS	93
15. LA REALIDAD Y EL DESEO	103
16. CLOROFILIA O CLOROFOBIA	106
17. LA PISCINA AVA GARDNER	112
18. DIVAS	120
19. JUGANDO AL ESCONDITE	128
20. DE CABALLOS Y NIÑOS	133
21. PARA INÚTIL Y PELIGROSA JACTANCIA	139
22. <i>TALL AND PROUD</i> , ANABEL	147
23. OTROS ORNITORRINCOS	150
24. UN RECTÁNGULO, UN ÓVALO Y UN CÍRCULO	156
25. LA PISCINA A LA QUE NO NECESITO VOLVER	160
ALGUNOS TÉRMINOS PISCINOSÓFICOS	162
AGRADECIMIENTOS	165
BIBLIOGRAFÍA	167
NOTAS AL FINAL	171

*Para Andrés y Julieta, criaturas luminosas  
como una tarde de junio en una piscina.*



—Ben, ¿qué estás haciendo?  
—Yo diría que estoy flotando a la deriva  
en la piscina.  
—¿Por qué?  
—Es agradable dejarse llevar.

*El graduado, 1967*

[...] las tardes de verano amarillas y  
celestes en la pileta del Golf, haciendo la  
plancha boca arriba, encandilada por el  
sol, sintiéndome tan feliz que, en el fondo,  
era como estar triste.

Leila Guerriero

La pelota que arrojé cuando jugaba en el  
parque aún no ha tocado el suelo.

Dylan Thomas



## PRÓLOGO. ESTO NO ES UN LIBRO DE PISCINAS

Mi primera piscina fue un juego. La segunda, una preocupación. Cuenta la crónica familiar que a los cuatro o cinco años, hay dudas sobre la fecha exacta, me regalaron un Exin Castillos, un juego de construcción muy popular en los años setenta compuesto por piezas de color beige. Esa misma crónica habla de que, al poco tiempo de estar jugando con él, descubrieron que estaba pintándolas de azul. «¿Qué haces, Anabel?». «Una piscina», respondí yo, dice la leyenda. En esa declaración de intenciones me apoyaría en el futuro: preferiría las piscinas a los castillos, la diversión a la solemnidad. Y si no existían, las inventaría.

En aquel pueblo de Huelva, en la frontera entre España y Portugal, y en esos años, las escasas piscinas que había pertenecían a las familias de mis amigos. Mi casa era grande, tenía la forma de las de los dibujos infantiles y dos patios, pero no tenía piscina. En los meses de verano, yo esperaba durante toda la semana la llamada que anunciaba la invitación para pasar el domingo chapoteando en una de esas casas de campo. Deseaba la piscina, no el campo, la casa ni el domingo; todo era placentero y ligero alrededor de ella. Yo aún no sabía explicarlo, pero era el único lugar en el que una niña se sentía, a la vez, libre y cuidada. Podía zambullirme y jugar durante horas

como una salvaje, sabiendo que mis padres me miraban de reojo, lejos pero cerca.

Esa sensación era tan formidable que me inquietaba no recibir la llamada que me acercaba a ella. Dependía de otras personas para sentirla, y ahí supe que quien posee una piscina también guarda en el bolsillo la llave de la alegría de otras personas. Cuando el teléfono sonaba para invitarme, respiraba aliviada por dos razones: mis amigos me querían y había domingo de piscina. Así, buscando ser aceptada, pasé muchos años. No había razones para no serlo, pero era muy pequeña para entender que lo que pensamos es tan cierto como lo que vivimos. Yo tenía gafas, era forastera, no tenía piscina; esa era la historia que yo me contaba y la única que me importaba. Me gustaba compensar las invitaciones a esos baños contando películas e historias en voz alta (*Quince años recién cumplidos, Footloose, Poltergeist*) y portándome bien. Llevo casi medio siglo sin dejar de hacerlo.

No he vuelto allí, pero compenso su recuerdo merodeando por los alrededores. Como una detective acuática, he viajado por cinco continentes persiguiendo piscinas, aunque ninguna me emociona tanto como aquellas que tienen una casa encalada y encinas y olivos cerca. La única alerta que tengo en los portales inmobiliarios es la que incluye las palabras «Sierra de Huelva».

*Este no es un libro sobre piscinas.* Si esto fuera un cuadro de Magritte, aparecería en él un libro con una piscina en la portada y este texto sobrescrito. Una cosa es lo que es y otra lo que parece. Este es un libro sobre una relación: la mía con esas construcciones. También es una celebración

de su naturaleza y de sus buenas intenciones. Joan Didion escribió en su ensayo *Agua bendita*: «Siempre quise una piscina y nunca tuve una»<sup>1</sup>. A ella se le ha concedido el título de ideóloga clorofílica cuando su auténtica obsesión, como buena criatura del desierto, era el agua. Apenas escribió unos párrafos sobre piscinas, pero qué párrafos. Ojalá yo hubiera redactado esa frase, tan precisa, tan desapasionada, tan didionesca. Quizás, entonces, no tendría que escribir este libro, que será lo contrario: impreciso y apasionado. Este tampoco es un libro sobre la infancia ni los paraísos perdidos: quiero hablar de piscinas. Y quiero hablar de mí, sentada en el bordillo de una de ellas, en ese lugar en el que todo el mundo sonríe.

## 1. UNA ASTILLA EN EL DEDO

Como si me impulsara un trampolín, salto desde la década de los ochenta hasta 2019, año en el que solicité una plaza en una residencia de artistas de un lugar de la Toscana llamado Villa Lena, que no tenía una, sino dos piscinas. Pensé que escribiría mejor un libro, un librito, sobre ellas estando cerca de una. Qué inocente era.

Villa Lena es una fundación cultural creada por Lena Evstafieva, Jérôme Hadley y Lionel Bensemoun, que premia a personas con una estancia en una villa del siglo XIX para desarrollar un proyecto artístico o creativo. El lugar tiene hasta un fantasma llamado Elvira, bastante amable, por cierto. En la solicitud que envié para ser elegida en esta residencia de artistas redacté: «Este es un proyecto sencillo. Mi intención es escribir un libro sobre la anatomía emocional de la piscina». Era pretencioso y no era sencillo, como ya intuía entonces. A Lena le gustó mi idea y su fundación me invitó a formar parte de este programa. La estancia de una semana en Villa Lena fue pospuesta en dos ocasiones por culpa del covid, que nos dejó sin brillo y con los trajes de baño guardados en un cajón. Dos años después de lograr ese premio, en octubre de 2021, viajé a una colina entre Pisa y Florencia con la intención de dar forma a algo que, en mi cabeza, era aún líquido como el agua. Me conformaba con escribir

algunas páginas, animada por una serie de artículos que había publicado ese verano en el *El País* y pensé que hacerlo con esta coartada vanidosa lo facilitaría. Guardé en mi equipaje un solo libro: *Una guía sobre el arte de perderse*, de Rebecca Solnit, en el que había leído una frase que me llenaba de energía: «Las cosas que deseamos son transformadoras». Yo estaba allí, movida por el deseo, para encontrar algo y pensaba que la manera de lograrlo era perderme y sentirme bien estando perdida. De aquella estancia salieron veinte líneas. Las he contado.

El día que llegué a Villa Lena, aún con la maleta sin deshacer, fui a presentar mis respetos a sus dos piscinas. A una de ellas, a la que llamaré «la piscina fría», se llegaba por un camino flanqueado por cipreses, porque la Toscana contemporánea está diseñada al milímetro para no traicionar la imagen que traemos construida desde casa. Apareció en un valle, rodeada de colinas; era la piscina que dibujaría un niño. La rodeaban unos columpios y unas tumbonas sin montar porque era temporada baja y pocas personas se atrevían a usarla. Días después, vería a Gina Soden, una fotógrafa inglesa obsesionada con los edificios abandonados y en decadencia (y también con alguna otra piscina), nadar cada día al caer la tarde mientras el resto nos envolvíamos en mantas y mendigábamos calefactores. Tras esa primera inspección, continué mi paseo hacia la segunda piscina, que era también otra piscina normativa: rectangular y azul; la llamaré, en un alarde de imaginación, «la piscina caliente», porque estaba climatizada. Esta era usada por los artistas residentes para sesiones fotográficas o como escenario para vídeos,

porque toda piscina es un plató y un estudio fotográfico. Era irreprochable, pero no tanto como «la piscina fría», que desprendía un cierto sentido dramático al llegarse a ella poco a poco. Como la criatura barroca que soy, esa piscina me interesaba más.

Al regresar a mi habitación, tras dar la bendición a las dos piscinas, reparé en un cartel que había colgado de un árbol. Era un poema titulado «There was no dipping into the pool», que había escrito Haydée Touitou, una escritora que también había formado parte de ese programa de residencia de artistas. Estos eran los versos que aparecían manuscritos junto a una fotografía de un pie tanteando la temperatura de una piscina:

*Looking for glue across  
The shells or yogurt  
Ice cream for breakfast  
The jug empty for  
Several days agrees.*

*The sun sets on our Tshirts  
Soon the cookies  
Integral and perished  
Will be melting in  
Burning hot cups.\**

*\* Buscamos pegamento entre las cáscaras / o desayunamos helado de yogurt. / La jarra vacía desde hace días / nos da la razón. / Y el sol se nos pone en la camiseta / Y pronto las galletas / ya echadas a perder / se derretirán en tazas calientes.*

«Dipping in the pool» tiene, además del significado literal de «darse un chapuzón», otro usado en el *slang* británico. Según el diccionario Macmillan, describe «una actividad por la cual un grupo de personas localizan una piscina privada y la invaden para nadar sin permiso aprovechando que su propietario está ausente». En 2008 se popularizó en Inglaterra una forma de vandalismo que consistía en colarse en piscinas ajenas, y a quienes la practicaban les llamaban «dippers». Esta moda se desvaneció, pero que exista esa expresión dice mucho y bueno de una lengua y de la necesidad de dar forma a un acto razonable: el de desear una piscina y hacer lo posible por bañarse en ella. Quizás la Toscana no fuera un paraíso acuático, como lo son Miami, París o Marrakech, pero yo había encontrado un poema en un árbol sobre una piscina cuando andaba buscando una. Esa casualidad confirmó algo que llevaba rumiando algún tiempo: en la sociedad occidental es fácil tener un recuerdo ligado a una piscina.

Hay muchas, nos empapan, están por todas partes. A todos nos interpela alguna, incluso a esa gente que dice que prefiere el mar, ese huracán desmelenado.

Al día siguiente quise volver a visitar «la piscina fría», pero no recordaba el código de la verja de entrada. Decidí saltar la valla, con tan mala suerte que me clavé una astilla en un dedo y empecé a sangrar. Al volver a España, me encontré el dedo hinchado y dolorido. En Urgencias me dijeron que el cuerpo absorbería la astilla o la expulsaría, y no me la extrajeron. *Dipping in the pool* de aquella manera me había regalado una historia que no hizo ninguna gracia a la enfermera a la que se la conté, y sí a todas las

demás personas que la fueron escuchando. Escribo estas líneas, meses después, con esa astilla aún dentro del dedo. La toco, a veces, como quien acaricia una travesura.

En Villa Lena tuve que explicar en varias ocasiones en qué consistía ese libro tan extravagante que estaba escribiendo. No pronuncié jamás las palabras «anatomía emocional de las piscinas» y, en cambio, encontré una nueva forma de explicarlo: «se trata de un libro sobre una obsesión». Pronto entendí que esa era una manera de captar la atención de la audiencia, puesto que nadie se resiste a alimentar una. Siempre supe que toda piscina generaba un campo magnético de ligereza y alegría, y me he pasado toda la vida persiguiéndolo. Todo el mundo sonrío en el bordillo de una piscina, mira al sol con los ojos guiñados, o piensa si saltar o no al agua. Todo eso es contemplativo e inútil, todo eso es sabio. Hay, también, orden en el agua domesticada; orden que no tengo dentro y busco fuera. No conozco a nadie que viaje persiguiendo piscinas, madrugue, trasnoche, salte vallas, renuncie a planes, se desvíe de rutas o se clave astillas en el dedo para mirarlas. No deseo poseerlas, tampoco lo deseaba la Didion, a quien su padre dijo que si quería una piscina, debía cavarla ella y se negó con sabiduría. Tampoco nadarlas, solo espero tenerlas cerca. Ya iré averiguando si eso es amor, obsesión o refugio; y no olvido que antes que un libro y una ocupación, las piscinas fueron juego y pre-ocupación.